



Manuel María Flores

Si en algo fuera cierto que la influencia del clima es causa del mayor ó menor desarrollo que pueden adquirir las facultades humanas, resultaría que en los países de cálida temperatura donde la atmósfera es densa por el balsámico perfume que á las flores arrancan los tibios aires, abundarían las potentes imaginaciones que concibiendo, son como engendradoras de luz, como verdaderas representaciones de lo bello, que en graciosa curva se eleva más allá del corto alcance de nuestra vista; pero de un estudio comparativo resulta, que innatas las condiciones de nuestro sér, nada las modifica, sino que en el continuo

desarrollo que sufren con la vida, arrastran sus vicios constitutivos ó revelan las bellezas que le son particulares. En nuestra poética España, como en cualquier nación que para gloria suya tenga lo que puede llamarse una literatura, cada uno y todos los géneros literarios han tenido un período de apogeo; han sido cantados los propios afectos al son de la blanda lira, ha resonado la trompa para celebrar cuanto es admirable; mas no en todas hubo una Safo ni fueron comunes los Homeros, como en tiempos recientes sólo ha habido un Schiller, un Byron; y es que cabe lo singular dentro de lo particular, es que siempre hay quien pase del límite al que los más llegaron y revele que si no por todas sus condiciones, por algunas de ellas merecen el preferente lugar que nadie puede disputarles. Al conocimiento de estos hombres puede tardarse en llegar, mas es muy cierto que una vez conocidos, son generalmente bien apreciados, aun por aquellos que gracias á las notas de su carácter le formen antítesis, pues nadie, por amante que sea de la oscuridad, sostendrá que la luz es mala, y existe en todos los corazones una cuerda, que si no ha vibrado, es porque no ha sido herida.

Dentro del género lírico y como una subdivisión perfectamente admitida, la poesía erótica ha tenido representantes en todas las épocas, pues existieron siempre los que, disponiendo de mejores medios de expresión, cantaron la pasión que en dulce calma ó en tormentosa lu-

cha lleva á los hombres á lo más grande como á lo más mezquino, pasión fuente de pasiones, sin la cual la vida carecería de encantos, pues nuestra alma, como el mar, necesita algo que la impulse, que la excite, algo que la levante y que la calme, algo que la haga rugir y sollozar. Efectos tales, sólo el amor los causa: bien haya siempre la pasión á que más creaciones artísticas se deben, ora haya inspirado la dulzura de Petrarca en sus rimas, ó el terror y espanto del infierno del Dante, ora se haya revelado en el ardor de Safo, ora haya debido su nacimiento al piadoso éxtasis de Santa Teresa. Es, sin embargo, de muchas y grandes dificultades el cultivo de un género en que la pendiente obliga y que por lo mucho que en él nos elevamos puede ser más terrible la caída; tal cosa puede evitarse sólo cuando las facultades son aptas para no descender de la línea á que en alas de una potente imaginación supo elevarse. Si de cada una de las literaturas entresacamos los líricos que más se han distinguido en el subgénero á que aludimos, podremos advertir desde luego lo fácil que es decaer, pues si es cierto que los extremos se tocan, hay muy poca distancia de la sublimidad del sentimiento que atrae, al torpe y material apetito; de la elevación de miras que exige lo espiritual, á la trivialidad y al lenguaje bajo é impropio, razones por que la poesía erótica tiene muy pocos buenos y dignos cultivadores en la historia general de la literatura.

En Grecia únicamente sobresalen Anacreonte y Safo: dulce y sencillo el primero, tierno, rebosando de encantos cuyas gracias son inimitables; la poetisa de Lesbo, apasionada y ardiente, sintiendo todo el fuego de su volcánica pasión y expresándolo en nueva forma sin duda porque las conocidas no satisfacían á sus ímpetus. En Roma, cuando el idioma aun no se había perfeccionado, cuando el poeta tenía que vencer todavía las dificultades que presentaba la rudeza del lenguaje, Catulo, inclinado por su talento á la malignidad, sufriendo la influencia de su época, caracterizada por la sensualidad que dominaba en las costumbres, se muestra también apasionado y tierno; mas se advierte en sus obras lo difícil que es mantenerse á igual altura en el género que cultiva, pues patente es la diferencia de aquella Lesbia en unos pasajes y en otros. Vistas algunas elegías podría creerse que es la virgen pudorosa y tierna cuyo acento conmueve, cuyo hálito perfuma; conocida por otras aparece como impúdica cortesana, adúltera y meretriz que se presta á los demás, engañando á su marido, pues hay gran diferencia entre el pensamiento indicado en

Iocundum, mea vita, mihi proponis amorem
Hunc nostrum internos, perpetuomque fore
Di magni, facite ut vere promittere possit;
Atque id sincere dicat et ex animo:
Ut liceat nobis tota producere vita
Alternum hoc sanctae foedus amicitiae,

y el expresado en

Caeli, Lesbia nostra, Lesbia illa,
Illa Lesbia, quam Catullus unam
Plus quam se, atque suos amavit omnes,
Nunc in quadriuis et angiportis
Glubit magnanimos Remi nepotes

si bien es cierto, que queda muy por encima cuanto hemos citado, en las bodas de Tetis de y Peleo y en el epitalamio de Manlio.

Propertio, menos original, es más obsceno; Tibulo manifiesta una sensibilidad llena de abandono y melancolía y una ternura en que hábilmente mezcla las afecciones del alma y los placeres de los sentidos. Ovidio, en sus *Elegías* y en el *Arte de Amar*, sigue estas huellas, y aunque excediéndose en lo segundo, mostrándose unas veces más lúbrico, otras veces más lascivo, y de esta manera dejando advertir cada uno lo resbaladizo del terreno, pero probando con sus obras que son poetas *eróticos* y no *sotádicos*, nombre que del poeta Sotades tomaron las obras obscenas y licenciosas, que sólo son expresiones de brutales apetitos, que distan mucho del sentimiento sublime que se llama amor.

En los pueblos modernos, velada la pasión por las brumas en los del Norte, brillante por el sol en los del Mediodía, la poesía erótica tiene cultivadores como los tuvo también en la época del Renacimiento; pero en todos ellos se advierte lo que venimos repitiendo, rara vez la pura

abstracción, muchas veces la materialización.

Al hallarnos en la edad en que dentro del corazón hierve la sangre y por los ojos se nos escapa el alma, el amor no se concibe como representado en el niño caprichoso á quien la locura dejó ciego, siendo condenado por ello á servirle de guía; el amor que experimentamos no es el causado por la flecha del alado Cupido, que martiriza jugando y que al sentirse picado por la abeja corre llorando á refugiarse en el regazo de su madre; no, no es este el amor que excita, este no es el amor que nos lleva á cantar apasionadamente, entonces nos domina el amor fuerte y poderoso que ha concurrido á las asambleas de los dioses y ha sido el amante de Psiquis, y esto da lugar á que con prodigiosa facilidad olvidemos mucho lo primero y recordemos más lo segundo, siendo difícilísimo en tal caso expresar lo sentido de tal manera que los acentos poéticos que escuchemos, nos dejen en la contemplación de las bellezas, sin llevarnos á ulteriores consideraciones.

Hasta hoy, uno de los hombres que conocemos que mejor ha sabido realizar esto que decimos, es el poeta mexicano Manuel María Flores, poeta por excelencia, que general en el cultivo de todos los géneros, ha sabido con sus obras eróticas ganar el primer puesto entre los que tan difícil asunto excogitan. Ignoramos en qué punto de aquella república nació, no sabemos ni qué edad tiene, ni en qué se ocupó,

no sabemos si fuera de la poesía se dedicó antes ó después al ejercicio de alguna profesión, no llegó á nuestros oídos noticia que nos lo pueda hacer creer rico, ni pobre, y en verdad que no nos inspiran gran curiosidad estos detalles, nos hallamos ante sus obras y el estudio de ellas nos basta para hacer su biografía con muy pocas palabras. Manuel María Flores es un poeta nacido en Nueva España, hombre de tanto corazón que le domina el cerebro y en cuya sangre debe haberse disuelto hierro de las lanzas bereberes. Por otra parte nunca fué nuestro ánimo seguirle paso á paso en su vida pública ó privada, para lo que nos faltan datos, ni podemos decir tampoco que sean nuestros propósitos juzgar sus obras, pues por sensible que nos sea, justo es digamos que para ello nos faltan conocimientos; queremos sólo exponer, de la mejor manera que nos sea posible, la impresión que nos ha causado la lectura de sus bellísimas composiciones.

Desde luego afirmamos una perfecta originalidad en Flores, difícil en su caso por los grandes modelos que existen; mas á poco que recordemos las notas esenciales del carácter de éstos, podremos comprender que así tenía que ser, no siendo plagiario en absoluto. El poeta que nos ocupa no canta el amor por cantarlo, lo canta porque lo siente, no adula ni ensalza á la mujer, porque ficticiamente la rinda culto, ni la desprecia ó vitupera, porque así sea moda en los tiempos que alcanzamos; no, Manuel

Flores ama á la mujer tipo, á la que es causa de nuestras inefables alegrías y de nuestros eternos dolores; sus suspiros se pierden en el ether y van á rozar los sonrientes labios de la mujer soñada, su alma se dilata ó se contrae al pensar en sonrisas ó recordar desdenes, un solo pensamiento es fuente de inspiración, que más brillante resulta bajo aquel cielo azul eternamente, donde las estrellas brillan como soles, donde la luna es tibia y el sol fundente; en aquella tierra bordada de primores, donde cada flor es un pebetero, en que parecen quemarse las delicadas esencias que piadosa mano ofrece al Dios que en su grandeza suma tanto grande pudo crear, tierra donde se habla el idioma en que con tono severo puede escucharnos Dios y que como expresión de sentimientos dulces llega al corazón y lo conmueve, idioma ductil y rico en el que puede hallarse medio de expresión para todo lo que se siente.

Con el título general de *Pasionarias*, están publicadas en elegante tomo las bellas composiciones de este vate, divididas en partes que separadamente revisaremos, por ser distinto el carácter de cada una de ellas.

*
* *

El alma en Primavera, es el título que tiene la primera parte y en la que están contenidas composiciones que solas hubieran bastado

para dar al poeta imperecedero nombre. Son apasionados acentos de su alma, en ellas ha vertido todo su amoroso sentir, bellísimas notas de un espíritu que en el delirio de la pasión, son onomatopeyas del deseo artísticamente expresado, rimas delicadísimas cuyas incorrecciones pasan desapercibidas, al sentirse absorto nuestro pensar en la consideración de los grandiosos pensamientos que contienen. Si la crítica pudiera permanecer fría y severa leyendo á Flores, éste tendría defectos; pero cuando sus obras son perpetua causa de excitación para todo el que las lee, el corazón nos domina, nos embriaga algo que de ellas emana y no es posible pararse á señalar lunares que de no tener darían lugar á verdaderos defectos, pues revelarían no ser hijas de grande y potente espontaneidad, y sobre todo el mayor defecto que una obra literaria pueda tener es la carencia de relación entre su medio de expresión y la idea ó el sentimiento expresado. El amor nunca fué académico, su lenguaje impetuoso no puede ser limado, son las suyas palabras que el cerebro ni mide ni puede medir, sino que engendradas por el sentimiento, brotan sin medida. Puro en sus giros, el poeta es tierno siempre y rara vez se tropieza con algo que desagrade ó choque al oído.

En la primera composición á *La Juventud*, obra de los primeros años del poeta, revela ya hasta dónde su imaginación alcanza y es prueba de lo mucho que logrará en tiempos suce-

sivos, dejándose llevar de la pasión que ya tan elevados conceptos le arranca. Es un canto al amor, pero al amor alma del mundo, al amor que se siente aun sin objeto, al que encendió la luz en las tenebrosidades del caos, al que Flores dice:

Así del hombre
En el gran corazón, tu poderío
Hace la luz y la existencia inflama! ..
Así sediento el mío
No sabe lo que ama... pero ama!

Como ejemplo de composiciones tiernas, donde los deseos son puros como el cielo en primavera, y en las que brillan y se destacan bellezas de primer orden, pueden citarse las que titula *A una enlutada* y la que tiene por epígrafe el verso del vate florentino *Creatura bella bianco vestita*. Ambas son expresión de apasionados sentimientos, expresión de suaves afectos, súplicas de pecho enamorado que se queja y se anima al mismo tiempo, revelaciones de una sugestión que se traduce en latidos y que le hacen decir en la primera

Tus lágrimas sin enojos,
De tu alma líquidas perlas,
¡Oh! quién pudiera de hinojos
Cuando asoman á tus ojos
Con los labios recogerlas!
¡Quién pudiera consolarte
En tus horas de sufrir,
Y vivir para mirarte,
Y mirándote, adorarte,
Y adorándote, morir!

En este tono, sin decaer un solo instante, sigue exponiendo las penas que sus temores le causan, los duelos que el duelo de ella le producen, las esperanzas que lo alientan, el culto que le rinde y cuanto en armoniosos versos puede expresar el alma de un poeta, de un verdadero poeta. En la titulada *Creatura bella bianco vestita*, hay más melancolía, la pasión más contenida exhala acentos tenues, lo que se siente no es el armonioso murmullo del arroyo que juega entre las piedras, lo que se escucha es el débil acento que se percibe en el nido, sonos contenidos que apenas se oyen, ideas puras que surgen cuando estamos despiertos que nos dominan cuando dormimos, expresadas con la maestría que acreditan las estrofas siguientes:

Siento que me ilumina tu presencia
Con la luz virginal de la alborada,
Y que una ola de luz es mi existencia
Bañada por el sol de tu mirada.

Siento que me transformo, que otra vida,
Vida sagrada, dentro mi alma brota,
Cuando de blanco sideral vestida
Tu casta imagen en mi sueño flota.

Las dulces aspiraciones que se sueñan son las que nos hacen gozar; en la vida real apenas si sentimos otra cosa que desengaños, á los que almas superiores como las de Flores, se sobreponen, y mecidas en los crespones de flotantes nubes, siguen cantando, y en perpetua